

MEDIO SIGLO DE LEXICOGRAFIA ACADEMICA

POR JULIO CASARES

SECRETARIO PERPETUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BAJO este epígrafe compendioso se cobija una colaboración solicitada con el apremio que suele acompañar a los encargos periodísticos, y destinada a informar a los lectores de MUNDO HISPÁNICO acerca de la entrada de «palabras nuevas», durante lo que va de siglo, en el Diccionario de la Real Academia Española.

Entendido el encargo al pie de la letra, tendríamos a continuación una larga e inexpressiva lista de voces (unas 13.000), que agotaría con su inevitable aridez todo el espacio disponible sin dejar hueco para el comentario e interpretación de los datos; y como esta interpretación es, a nuestro juicio, lo que puede ofrecer mayor interés, vamos a prescindir de la mera enumeración de palabras, mientras no sea indispensable para ilustrar las consideraciones que siguen. Tomaremos como límites, en el tiempo, la edición XIII del Diccionario, publicada en el último año del siglo pasado y la XVII (incluido el «Suplemento»), que vio la luz en 1947, sin perjuicio de referirnos a las aportaciones admitidas hasta el día de la fecha para la edición XVIII, con lo cual abarcamos el medio siglo justo.

Si comparamos el folio de 1899 con el de 1947, observaremos que ha crecido desde 1.050 páginas a 1.337, lo que, dada la equivalente densidad tipográfica por plana, representa un aumento del 27 por 100 aproximadamente. Si contamos, en cambio, los artículos que contienen una y otra edición—60.314 la de 1899 y 74.096 la de 1947—comprobaremos que el aumento de artículos es notablemente inferior a la proporción que era de esperar. ¿Cómo se explica esta discrepancia?

El acrecentamiento del léxico se produce, como es sabido, por diversos canales, y uno de ellos es, efectivamente, el que da entrada a esas «palabras nuevas», aceptadas para designar cosas, ideas u operaciones que, al incorporarse por vez primera a la vida material y espiritual de la comunidad hablante, han de ir acompañadas de algún signo verbal que permita reconocerlas en el intercambio lingüístico. Estos signos se crean algunas veces exprompesso utilizando los recursos que para ello ofrece la propia lengua: así sale de «motivar» *motivación* (1947); otras veces se calcan esos signos, con más o menos acierto, de otras lenguas que ya los tenían en circulación (del ing. «basketball», esp. *baloncesto*—1947—); o se someten a un proceso de adaptación fonética (ingl. «trolley», esp. *trole*—1899—), o se toman sencillamente tal como nacieron con la cosa nombrada cuando ésta vino al mundo (*pianola*—1925—). Todos estos ejemplos se refieren a signos nuevos que como tales, reclaman un «artículo» más en el Diccionario.

Ahora bien, la desproporción existente entre la incontable variedad de nociones que a toda hora andan buscando expresión inequívoca en el lenguaje y la capacidad limitada del individuo para adquirir y retener nuevos signos verbales, le obliga con frecuencia a servirse de los ya conocidos, atribuyéndoles para el caso significados que antes no tenían. Así, cuando hubo que nombrar la válvula de radio, se dijo *lámpara*, merced a que, en su forma primitiva, se asemejaba a la bombilla eléctrica. Esta adquisición del lenguaje no significa un artículo más en el Diccionario, sino una nueva «acepción» que se añade a las cinco que ya tenía el artículo «Lámpara». Se formaría, pues, un concepto erróneo del enriquecimiento gradual de un Diccionario si se pretendiera deducirlo del número de voces con que aventaja cada edición a la precedente, puesto que el procedimiento que consiste en incorporar acepciones nuevas a las palabras viejas es incomparablemente más usual y fecundo en todas las lenguas que el de la forja o adopción de formas inéditas. A esto responde la discrepancia que hemos notado al principio.

También importa disipar la creencia de que sólo las novedades determinan el incremento de los inventarios lexicográficos. La lengua de los siglos pasados, especialmente la de los cuatro últimos, nos ofrece muchos textos por espigar, donde no escasean voces escondidas que el Diccionario debe desenterrar para que sea posible la exacta comprensión de dichos textos. Así el vocablo *moscatel*, tan usado por nuestros clásicos para designar al «bobo o pazuato» (lo que ahora diríamos un «primo»), ha tenido que esperar hasta 1947 para entrar en el Diccionario.

Dejamos aquí estas consideraciones y omitimos otras no menos pertinentes, para decir algo acerca del criterio y del ritmo con que procura la Academia seguir el paso de las realidades lingüísticas que se manifiestan en todos los dominios del español. Y esto coloca en primer término el problema de las hablas locales, tanto peninsulares como ultramarinas, que estuvieron mucho tiempo desatendidas. Sólo a partir de 1914 puede decirse con verdad que el Diccionario académico deja de ser en cierto modo «madrileño», coincidiendo con el momento en que la denominación tradicional «lengua castellana» se sustituye por «lengua española» en el título de la obra. De entonces acá va creciendo notablemente la proporción de localismos registrados y hasta hay quien piensa, por lo que se refiere al español de América, que ya se ha rebasado la raya. Actualmente, sólo de Chile se recogen unos 1.200 americanismos, entre los cuales, según parecer de la propia Academia Chilena, son más los que sobran que los que faltan.

En otro orden de ideas, las vicisitudes históricas por que va atravesando nuestro pueblo, así como las que trascienden de otros países, dan actualidad a voces o acepciones que vienen a engrosar, en oleadas, el Diccionario. La primera edición que se publica (1914), poco después de los infaustos episodios del *Barranco del Lobo*, recibe de rechazo nada menos que los siguientes artículos: *adul*, *almocadén*, *amán*, *áscar*, *áscari*, *coba*, *dahir*, *felús*, *fetua*, *garama*, *habús*, *harca*, *hasani*, *jalifa*, *jatib*, *majzén*, *mehala*, *mujalata*, *mulquía*, *muna*, *rábida* y *zagüta*, amén de otras tantas acepciones; todo ello de procedencia marroquí. Y es curioso anotar a este respecto que se quedaron traspapeladas, durante más de veinte años, otras

vozes procedentes del mismo escenario y, por cierto, más populares, como *paco* y *paquear* (1936), que hasta se ufanan hoy de tener empleo traslaticio. Como ejemplo de la repercusión en nuestro léxico de doctrinas, tendencias o movimientos de índole internacional, citaremos en lo que va de siglo *anarquismo* (1914); *sindicalismo*, *paneslavismo*, *pangermanismo* (1925); *marxismo*, *bolcheviquismo*, *panislamismo* (1936); *antimilitarismo*, *derrotismo*, *aislacionismo* (1950).

También es instructivo anotar el cambio de criterio de la Academia, durante el período que examinamos, respecto de los términos privativos de las ciencias, artes e industrias; criterio que fué severamente restrictivo hasta fines del siglo pasado. La Academia alegaba las siguientes razones para justificar la parquedad con que daba paso a los tecnicismos: «Algunos hay que no ofrecen señales inequívocas de duración, y raro es aquel en que no abundan dicciones híbridas o, por diverso concepto, impuras, a que no conviene dar cabida en el vocabulario de la Academia». De entonces acá la repugnancia que inspiraban las dicciones «impuras» se ha convertido, poco a poco, en tolerancia a medida que triunfaba el propósito de que el Diccionario no sea consultado en vano por quien, habiendo tropezado en el periódico, en la conferencia o en la conversación de las personas cultas con un vocablo que le era desconocido, desea saber lo que significa.

En el prólogo de la edición XV (1925), ya se anunciaba la inclusión de «muchas voces técnicas» y se añadía que de este modo la Academia procuraba «poner el Diccionario al nivel del estado actual de las ciencias y de las artes». Y en 1945, el actual Director de la Corporación, don Ramón Menéndez Pidal, escribía lo que sigue: «Dada la creciente propagación de los conocimientos científicos, el profano se ve cada día más en contacto con la lengua especial de las diversas profesiones, y no tendrá que abrir el Diccionario cuando oiga decir *silla* o *tristeza*, pero sí cuando le hablen de *avitaminosis*, *oscilógrafo*, *psicoanálisis*, e innumerables términos que no figuran en el léxico...»

Hasta qué punto se refleja este cambio de orientación en los Diccionarios de los últimos lustros nos lo dirá de manera elocuente el examen de un caso práctico: la terminología que nos trajo consigo el automóvil. Se infiltra al principio tímidamente y pronto crece en progresión casi geométrica. El vocablo mismo *automóvil* entra cuando ya se estaba cerrando la edición de 1899, es decir, en el «Suplemento». Le sigue, en 1914, el *neumático*; en 1925 aparecen *carrocería*, *embrague*, *carburador* y *escape*; en 1936, *chasis* y *magneto*, y en 1947, *bujía*, *encendido*, *diferencial*, *desmontable* y *cuentakilómetros*. Entre las papeletas correspondientes a la misma rama industrial, ya aprobadas (1950) para la próxima edición XVIII, figuran nada menos que las novedades siguientes: *volante*, *dirección*, *cambio*, *acelerador*, *cárter*, *corona*, *satélite*, *bloque*, *culata*, *cámara de combustión*, *segmento*, *taqué*, *disyuntor*, *punto muerto*, *rueda libre*, *mangueta*, *palier*, *zapata*, *ferodo*, *cubierta*, *cámara* (de las ruedas), *tapacubos*, *parachoques*, *parabrisas*, *salpicadero*, *inastillable* (vidrio), *gasógeno* y *estación de servicio*, a más de los verbos *arrancar*, *conducir* y *aparcar*.

Los académicos de hace diez lustros habrían calificado de «impuras», y con razón, voces como *palier*, *taqué* o *cárter*; pero hoy se piensa, también con fundamento, que esas piezas no tienen otro nombre y que sin él no podrían entenderse los centenares de miles de personas que se relacionan en algún modo con el automóvil: usuarios, conductores, transportistas, fabricantes, vendedores, operarios de los talleres, etc.

Ciertamente habría sido de desear que para aquellas cosas, cuyo nombre exótico nos disuena, se hubiera procurado inventar, cuando todavía era tiempo, una denominación menos indigesta para el proceso de asimilación que se impone al idioma. Ahora ya es tarde para intentarlo, pues cuando el uso se ha adueñado de una palabra, aunque sea tan difícil como *estreptomocina*, es inútil tratar de arrebatarla. Sirva de escarmiento el vocablo *garaje*. La Academia no se limitó a ponerle el veto, sino que lo marcó con un asterisco infamante en el Diccionario Manual (1927). ¿Y qué se ha conseguido? Solamente en la Guía Telefónica de Madrid figuran más de 200 *garajes* industriales, y si a éstos se suman los del resto de España, los de América y los incontables de carácter particular, habrá quien piense que el hecho de omitir esa voz en el léxico oficial equivale a desconocer hipócritamente una realidad lingüística, tan indeseable como se quiera, pero hoy día familiar e insustituible para cuantos hablan en español.

A propósito de las terminologías especiales, es prudente advertir que no todas las técnicas pueden aspirar con justicia a introducir un contingente igual en el Diccionario, puesto que el vocabulario de unas apenas tiene uso fuera del respectivo círculo de especialistas, mientras que el de otras, como en el caso del automóvil, lo hallamos difundido por todas las clases sociales. El electricista que viene a instalar un enchufe no nos habla de la *impedancia*, ni del *shunt*, ni del *faradio*; pero, si en el más insignificante poblacho se nos queda parado el auto y se acerca el herrero local a ofrecernos ayuda, le oiremos emplear los términos *cárter*, *desmontable* o *palier*, con la misma naturalidad y desenvoltura con que se sirve de los términos de su oficio.

Poco a poco y sin darnos cuenta nos hemos deslizado hasta tocar uno de los puntos neurálgicos de la lexicografía moderna; y puesto que, de seguir por este camino, nos apartaríamos demasiado del propósito inicial, bueno será poner ya fin a estas cuartillas donde, con apresuramiento y a vista de pájaro, se ha pretendido ofrecer un resumen de las principales novedades que se registran en los Diccionarios de la Academia durante la primera mitad del siglo xx.